

PUGA ROJAS, Ana María Irene

(Dossier 5 Pág. – 3 artículos)



NOMBRE COMPLETO:

Ana María Irene Puga Rojas

EDAD al momento de la detención o muerte:

26 años al momento de su detención

PROFESION U OCUPACION:

Académica U de Chile y actriz

FECHA de la detención o muerte:

3 de diciembre de 1974

LUGAR de la detención o muerte:

Bilbao frente al 2050,c/Andacollo, Santiago

ORGANISMO RESPONSABLE de la detención o muerte:

Dirección de Inteligencia Nacional (DINA)

TIPO CASO de violación de derechos humanos:

Ejecutada

HISTORIA PERSONAL Y POLITICA:

Casada, Militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR-Chile)



El 3 de diciembre de 1974 falleció el matrimonio formado por **Alejandro DE LA BARRA VILLARROEL** y **Ana María PUGA ROJAS**, cientista político y profesora y actriz, respectivamente, ambos militantes del MIR y él dirigente de dicha colectividad. Ese día fueron emboscados cuando se dirigían a buscar a su hijo a la salida del jardín infantil donde asistía en calle Pedro de Valdivia con Andacollo. El jardín en cuestión había sido visitado con anterioridad por agentes de la DINA que por esa vía habían podido dar con sus víctimas.

La Comisión llegó a la convicción de que Alejandro de la Barra y Ana María Puga se movilizaban en un automóvil y al llegar a la intersección ya mencionada se les disparó sin que hubiese habido orden de detención ni resistencia de su parte, por lo cual tiene la convicción de que fueron ejecutados por agentes estatales, en violación de sus derechos humanos.

Informe Rettig

-----0-----

Profesionales a fines y contrapuestos

Para María Cristina López Stewart
Para Ana María Puga Rojas
y Alejandro De La Barra Villarroel

Martín Faunes Amigo

Para mí era una novedad ya anunciada, me sacarían de los frentes. Era además algo en lo que aunque no había sido fácil ya estaba de acuerdo, era además la manera lógica de sacar el mejor provecho a los cuadros; las aspiraciones personales era necesario postergarlas, de lo contrario no sólo no tendríamos cómo enfrentar al golpe que vendría en un año o en dos, sino tras él no podríamos sobreponernos o al menos evitar que nos aniquilaran. No había sido fácil aceptarlo, pero había primado la razón, así que ahí iba yo, ex jefe de unidad del frente estudiantil, ex segundo jefe de unidad del GPM de Cerrillos, ex eterno portador de bluyines y bototos, ex muralista apasionado, ex escritor de arengas y discursos. Iba a incorporarme a una unidad de profesionales que tendría una misión especial en una estructura centralizada; y no parecía que me trataran como al joven profesional que se suponía que era: de ojos vendados en el piso de un citroen tipo "sapo", hasta un edificio años cuarenta "en algún lugar de Santiago".

Algo después, ya con los ojos destapados, me encuentro en un departamento de aquel edificio; y hay otros dos conmigo, uno de unos veintisiete que parece que conozco, quizá me tocó alguna vez de ayudante o fue mi profesor de laboratorio, sin embargo no estoy seguro ni lo preguntaré. Al otro, de unos veinticinco, no lo he visto jamás, tengo certeza; ambos sin embargo son de los nuestros: gente que aprobó física y cálculo, se les nota por la manera de cómo se observan entre ellos y de cómo me observan a mí mismo y probablemente se preguntan si acaso este mocoso que lleva traje y se nota que es primera vez que lo usa porque le incomoda, podrá ser uno de los de ellos.

Ingresa entonces un tercero con aspecto de sabio ingenuo a quien tampoco conozco. Es también mayor que yo por un par de años y no me parece que sea de los nuestros. Es posible que sea un profesional pero de otra disciplina tal vez a fin con la nuestra, tal vez ni siquiera es matemático. Nos saluda con algún tartamudeo. Nos dice que no pertenecerá a esta unidad de manera propiamente tal, pero que cooperará con su jefatura; acto seguido toma asiento en actitud de esperar, pero en realidad se dedica a observarnos a nosotros, los otros tres, haciendo quizá las mismas conjeturas que yo también me hago pero nada digo, y que se hacen también los otros, empaquetados como yo en sus trajes y corbatas, y nada dicen tampoco.

Me abstraigo de ellos y de mí mismo, y se me ocurre que en cualquier momento va a entrar un tipo grande de lentes, como alguno de los profesores de máquinas eléctricas o micro ondas, tal vez, o como uno de los tipos astutos que enseñan circuitos o análisis de sistemas. Es que claramente espero a alguien así: profesional experto, profesional sabio.

Empieza a sonar una llave en la cerradura y luego el sonido se cambia hacia la cerradura que hay más abajo. Se abre entonces la puerta por fin, e ingresa una chiquilla de metro sesenta, cabello largo, cuerpo frágil y ojos muy dulces que, acaso tenga diecisiete. Es casi una colegiala y, claramente, no es de nuestro ghetto, los que aprobamos física y cálculo, constituimos una secta en que de todas maneras nos

reconocemos. Es quizá la hija de los dueños de casa y ha hecho ingreso en el momento equivocado. Eso me parece, la chiquilla sin embargo, oh sorpresa: ella, la del cabello rubio, ella, la del metro sesenta, ella, la que en definitiva y de manera evidente no es de las nuestras como por su edad, no puede ser tampoco profesional de ninguna disciplina, nos dice de manera convincente que será jefa de nuestra unidad de profesionales y que no sólo espera hacerlo como corresponde sino aún mejor, mucho mejor. Unos días después, partíamos los cinco a un lugar cerca de una playa donde tendríamos nuestra primera instrucción especial; y la muchacha dulce nos da con creces muestras de saber de qué está hablando y de cómo todo eso ensambla con lo que nosotros sabemos y con las metodologías que nosotros dominamos porque "somos de los nuestros". Así nos gana la chica, así comenzamos a admirarla. Pero la chica sabe también muchas otras cosas, y con el sub jefe de la unidad -él es un humanista, ahora claramente se le nota-, al final de ese día nos deslumbra hablándonos de Auerbach, de Heguel, de los filósofos alemanes y de cómo se llega a través de ellos hasta Marx.

Esas fueron las primeras impresiones que tuve de María Cristina López Stewart, y se mezclan con su imagen de muchacha dulce que se me quedó grabada en algún lugar del corazón o del cerebro; son las mismas impresiones que se me ocurre, me asaltarán fugaces como la historia de aquellos años, que se desencadenó violenta a pesar de todo lo bien que lo hicimos, a pesar de toda la razón que teníamos, a pesar de que todo el amor lo llevábamos en la frente.

Y tuvimos logros, logros verdaderos e importantes que no son del caso señalar, pero que digo, justificaron con creces nuestros esfuerzos. Y no necesito decir que vino el golpe ni tampoco que sobrevivimos, sí vale la pena que cuente, porque lo recuerdo como ayer: A María Cristina la ví por última vez en un punto en que ella vendría desde Costanera y yo desde Providencia, y ni siquiera nos saludaríamos, intercambiaríamos apenas barretines con tabletas fotográficas en una de las cuales decía que había una militante colaborando. La muchacha dulce apareció en un recodo de ese par de cuadras que serpentean, venía con un disfraz de ejecutiva que bien podía confundir y hacer creer que efectivamente se trataba de una profesional de las nuestras. Además, para mi tranquilidad, en nada se parecía a la de la foto con el letrero "se busca" que publicaban en el diario "La Segunda".

Es al mes o a los dos meses de aquel último encuentro, cuando nos avisan que María Cristina ha caído y debemos "guardarnos", porque ella es para los perros un hueso de oro y se la jugarán por hacerla que hable. Sin embargo pasan tres días y pasan cinco, y diez, y al parecer la chica no está hablando; nosotros nos preguntamos si vale la pena su sacrificio y si no es mejor que nos entregue y así tal vez pueda salvarse.

En esas condiciones llegamos a octubre, con la moral en el suelo y sabiendo de toda la gente que ya ha caído. Corresponde entonces la caída de Miguel, tremendo y doloroso golpe. El mayor de esos profesionales que éramos se quiebra y nos avisa que escapará al Canadá porque con nuestra unidad descabezada y con todos los planes posiblemente descubiertos, nuestro trabajo carece de sentido; además, en caso de que nos atrapen, él está convencido de que no seremos perdonados, otros militantes sí, pero no nosotros. A pesar del vaticinio adverso, los que quedamos decidimos continuar, todos sabemos que tiene razón, seguramente nuestro trabajo ya está descubierto, es verdad, y es verdad también que a los que hacen el trabajo que hacemos se les asesina; sin embargo nadie dice eso en voz alta, por el contrario, lo que decimos es que el MIR no se asila. Somos dos militantes, más la red que todavía controlamos con aspirantes y ayudistas, y con un nuevo jefe, el sabio-ingenuo que

asume como tal, y ninguno de nosotros lo dice en voz alta tampoco, pero es un hecho que pesa mucho en nuestra decisión el recuerdo de la chica y nuestra necesidad de continuar por ella, de continuar para que su sacrificio no resulte en vano. Por qué no decirlo, es su ejemplo el que nos impulsa y nos permite afrontar las cien peripecias diarias con valentía y orgullo. Es su ejemplo y el ejemplo de Miguel el que nos ayuda a no quebrarnos y así conseguimos todavía algunos logros, e inclusive llevar algún tipo de vida normal en medio del caos; una normalidad que me deja ver de vez en cuando a mi hijo y a mi compañera que pasa a ser mi enlace y contacto.

Pero a este grupo de profesionales le faltaban todavía muchos porrazos: a unos dos meses de la caída de Miguel, nuestro nuevo jefe no llega al punto donde se debe encontrar con mi compañera. Es posible que ese punto al que faltó, haya sido alguno de los que venían a continuación de su recorrido después del lugar donde lo emboscaron, que, si es quien creo que es, fue a la salida de su hijo desde el jardín infantil a donde lo llevaban. El sabio-ingenuo-valeroso habría caído junto a su compañera cerca de Plaza Pedro de Valdivia. Mi mujer se quedó esperándolo en Bilbao, unas cuadras más arriba y se salvó por milagro. Hoy, a más de veinticinco años no estoy seguro todavía de si su nombre verdadero era Alejandro De La Barra y si su compañera era entonces Ana María. De ser así, esta historia está bien dedicada a él, a ese sabio ingenuo que no lo era tanto, y que en un punto anterior a aquel fatídico, al saber que entre esa vida normal en medio del caos mi compañera se había quedado esperando mi segundo hijo, se dio el tiempo para, con palabras más sabias que las mías, acurrucarla y advertirle de que se cuidara cien veces más que antes porque si la atrapaban en esas circunstancias nadie podría saber la clase de destino que se le reservaba a nuestro hijo. Ese era Alejandro De La Barra, y si no lo era, le debo igual un homenaje que sabré algún día concretar.

Vinieron entonces días aún más difíciles, moralmente más difíciles y penosos. Nada más penoso que darle mil vueltas a aquello de que tal vez, si María Cristina se hubiera atrevido a entregarnos estaría con vida todavía. Ella no había aprobado física ni cálculo pero su vida era más importante que la nuestra, no siento vergüenza por reconocerlo. Así lo sentía yo y también el compadre que se quedó conmigo y con la red, el otro militante, quien, entre ese ejercicio desgraciado que es el culparse y disculparse, quizá como una forma terrible de autocastigo, se dejó atrapar por el alcohol para en menos de seis meses quedar convertido en un guiñapo.

De nuestra unidad de profesionales no quedaron sino fragmentos, y yo desde entre ellos intento todavía recuperarme, aunque pasarán treinta años o más, y no lo voy a lograr del todo; me lo indica en la garganta un nudo del cual no puedo safarme y que me obliga a ir recobrando las historias perdidas de nuestra gente. A veces creo que es para esta tarea que sobreviví, para esta misión superior, mi verdadera misión, o eso es lo que siento; y cómo no sentirme feliz cumpliéndola si para revisar sus logros basta leer, adjunto, la hoja de un diario de vida de María Cristina adolescente, el cual mucho tiempo después me permitiera leer su madre. En él ya se notan los valores con que más tarde la conoceríamos con los cuales se ganaría en miles nuestro respeto y en millones nuestro afecto. Son esos mismos valores los que me permiten entender que escogiera la muerte a entregarnos.

María Cristina López Stewart, muchacha dulce, casi escolar diría, digo también que si bien puedo entender que no nos entregara, no voy a entender jamás cómo esos salvajes se pudieron ensañar con ella hasta matarla. No lo entenderé ni siquiera asumiendo que esa jauría de perros pertenecía también a un grupo de profesionales, aunque de un tipo diferente, de un tipo desgraciado y tenebrosamente diferente: profesionales educados en universidades del horror, de la felonía. Universidades

donde no les enseñan humanidad ni cuántica, tampoco corazón ni moral, mucho menos conciencia o alma. Pago treinta posgrados a quien encuentre un atizvo de moral en ese grupo de profesionales de vocaciones desalmadas, doctores del horror, maestros del espanto.

-----0-----



El 3 de diciembre de 1974 falleció el matrimonio formado por **Alejandro De La Barra Villarroel** y **Ana María Puga Rojas**, cientista político y ella profesora y actriz, ambos militantes del MIR, él dirigente de dicha colectividad. Ese día fueron emboscados cuando se dirigían a buscar a su hijo a la salida del jardín infantil donde asistía en calle Pedro de Valdivia con Andacollo. El jardín en cuestión había sido visitado con anterioridad por agentes de la DINA que por esa vía habían podido dar con sus víctimas. Alejandro de la Barra y Ana María Puga se movilizaban en un automóvil y al llegar a la intersección ya mencionada se les disparó sin que hubiese habido orden de detención, siendo de esta manera ejecutados por agentes del estado



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)

© CEME web productions 1999 -2009